

## VI

### MARÍA LAFFITTE, CONDESA DE CAMPO ALANGE

Sevilla, 1902-1986

Aristócrata escritora, ensayista y crítica de arte, defensora de los derechos de las mujeres y fundadora del Seminario de Estudios Sociológicos de la Mujer. Estudió y teorizó sobre la situación de las mujeres y su subordinación y buscó respuestas en la historia, antropología, el arte y las ciencias. En 1948, un año antes de que se editara *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir, Laffitte publicó en España *La secreta guerra de los sexos*. Su crítica al papel de la ciencia en la esencialización de las mujeres es, pues, anterior a las teorías de Simone de Beauvoir al respecto. Sus ensayos e investigaciones sobre las mujeres y la construcción social de la feminidad son de calado histórico y aún plantean dilemas de actualidad.

### EGOÍSMO PRODUCTIVO

Cuando Gauguin abandona a su familia y, lejos de su patria escucha silenciosamente en su aislamiento el dictado de su espíritu; cuando huye de París, con ese sentimiento tan “rousseauiano” de asco a la civilización, dejando tras de sí cariños y deberes, obedece a un ansia de creación que le impone tiránicamente sus normas.

Si Gauguin hubiera sido lo que se llama “un buen esposo” y un perfecto padre de familia, toda su obra hubiera quedado anulada ante una mesa de bridge o asfixiada entre las cuatro paredes de una oficina. Pero Gauguin era un hombre brutal; es decir, sabía imponer su voluntad sin claudicaciones de orden sentimental, y al sentir arder en su sangre la pasión de la forma y del color, busca, guiado por su instinto, el lugar y el ambiente preciso, capaz de infundirle hasta el máximo éxtasis de la creación.

(...)

Si el varón no rompiera, al menos pasajeramente, todo lazo humano, si los seres queridos ocuparan sin interrupción la mente del hombre de ciencia o del artista, su obra no tendría probablemente lugar.

Pensando en la mujer, se podría objetar que tal posición psíquica es difícil para ella. Porque indudablemente muchas veces se halla adherida a los seres con tan irrompible trabazón, que desprenderse de ellos es como desgarrarse. Pero esta situación solo transitoriamente se da en ella de forma intensa. (Muchas veces es suficiente, sin embargo, para impedir en el momento oportuno el desarrollo de unas facultades, y no basta, por otro lado, a llenar su vida esta transitoriedad.) De aquí nace con frecuencia un drama íntimo del que apenas tenemos noticias si no es por algunos signos externos de descontento que nos delatan una penosa sensación de vacío.

Pero de tal inclinación genérica se ha querido hacer una ley demasiado rígida, casi implacable. Para proteger una tendencia, se sacrifica sin piedad a toda excepción. Por ello resulta que las excluidas de esa especie de *pasmo maternal*, comentado en otro lugar, sufren un ambiente de asfixia que termina irremediabilmente por esterilizar sus mentes. Tal situación me recuerda unas palabras de Ramón y Cajal que podrían, sin más que pensar en la mujer, aplicarse a ella misma y a su singular posición social. El insigne histólogo trata de justificar o de explicarse la infrecuencia con que florece el sabio en nuestro suelo, y alude a ese clima indispensable, a esa laboriosidad previa que, preparando la mense, hace posible en ella el nacimiento de la idea y la revelación del genio. Dice así: "En cada período nuestros hombres de ciencia fueron escasos, y los genios, como las cumbres más elevadas, surgen solamente en las cordilleras. Para producir un Galileo o un Newton, es preciso una legión de investigadores". Y me pregunto: ¿cuándo y dónde encontramos dentro de la historia esta legión de *investigadoras*?

Por eso, cuando se culpa a la mujer de no haber producido hasta ahora obras de relevante mérito, se olvidan estos factores externos, que son, sin embargo, decisivos. En la vida corriente todo está preparado para que el trabajo del varón rinda el máximo fruto. Todo, incluso una favorable disposición de ánimo, se halla cuidadosamente garantizada.

(...)

Si una mujer prueba a introducir en su vida de hogar cualquier trabajo de índole intelectual que requiera la soledad y la calma durante algunas horas seguidas, se dará cuenta inmediatamente de las dificultades que obstaculizan su labor. Ni familiares, ni sirvientes, ni amigos sentirán la más ligera comprensión por esta abstracción por la que

será, frecuentemente, tildada de *rara*. Todos, alrededor suyo, interrumpirán con los más fútiles motivos su trabajo; pero aun si logra imponer una disciplina externa, no se habrá librado, en cambio, de todos los pequeños conflictos que quedaron pendientes de su resolución y que asaltarán su memoria con insolencia, esta vez, ¡ay!, de forma irremediable.

Tal situación dio origen a una divertida anécdota, que me fue referida por una de las dos personas en ella citadas. Se trata de dos mujeres de talento. Ambas tienen emprendida una seria labor de investigación y comentan juntas los mil pequeños incidentes que diariamente vienen a desviarlas de su trabajo, distrayendo su imaginación y menguando considerablemente su tiempo dedicado al estudio. Después de lamentarse amargamente sobre las dificultades que los individuos pertenecientes al “sexo débil” encuentran para realizar una obra, una de ellas concluyó exclamando con ironía no exenta, por cierto, de amargura: “¡Hay que desengañarse, amiga mía: a usted y a mí lo que nos haría falta es *una buena esposa!*”.

Fragmento de [La secreta guerra de los sexos](#)